



ESPLENDOR PERENNE

francisco morales santos

The image features a dark, almost black, textured background. A prominent white horizontal band runs across the center, containing the text 'ESPLENDOR PERENNE' in a serif font. The background has a subtle, grainy texture and some faint, radial patterns that suggest a light source or a specific material like fabric or paper. The overall mood is mysterious and elegant.

ESPLENDOR PERENNE



Colección Libros
Imposibles

ESPLENDOR PERENNE
Y MÁS POEMAS

Francisco Morales Santos

COLECCIÓN LIBROS IMPOSIBLES

-2026-

Santos Morales, Francisco (1940)

Esplendor perenne y más poemas / Francisco Morales Santos --1ª ed.--

Coedición | EntreTmas Revista Digital & Agulha Revista de Cultura, 2026.

124p. 21 x 14 cm. <Colección Libros Imposibles ; 68 >

<Digital>

1. Poesía guatemalteca 2. Literatura guatemalteca.

I. Título.

Primera edición, 2026

Colección Libros Imposibles #68

© *Esplendor perenne y más poemas*

© *Francisco Morales Santos*

Diseño editorial:

Melvyn Aguilar

Portada e ilustraciones internas:

Florianio Martins

Coordinación editorial:

Juana M. Ramos

Corrección filológica:

El autor



La luz entre las fauces de la noche: poesía de Francisco Morales Santos

Javier Payeras

Puede que el futuro no sea más que un destino de ausencias y que a la escritura le corresponda darle significado a las palabras que en el camino fuimos descontando. La literatura volverá como en aquellos viejos tiempos cuando la imaginación ejercía de mito y de testimonio. La poesía para ese mañana sobrepasará las pantallas, el calentamiento global, las epidemias y los asépticos exterminios que brotan de los más aberrantes intereses económicos. Todo tendrá un lugar en la letra impresa y resguardada por las mismas manos que han pasado de una hoja a otra descubriendo con asombro que a pesar del egoísmo que terminará destruyéndolo todo, siempre habrá quien haga sobrevivir el solitario ejercicio de la poesía.

La ausencia no es algo ajeno en la obra de Francisco Morales Santos (Sacatepéquez, Guatemala 1940), su itinerario ha sido el de hacer muchos senderos. El índice de su obra completa abarca la mayoría de los géneros literarios, en su biografía hay mucho de apóstol y de obrero. Su infancia se demora en pequeños actos de magia, sin ninguna suntuosidad recorre los días dentro de uno de los tantos pequeños pueblos tardo-feudales de Guatemala, con los años ha ido recuperando el color de las cosas, de los seres y de los sueños a través de su literatura para niños, tan sencilla y tan compleja a la vez, con la intención clara de darle permanencia a las cosas que posiblemente las generaciones futuras no vean más que en las pantallas: los árboles inmensos, la nomenclatura de los pájaros, el sonido del viento en el campo, el silencio de un pez dorado, la fertilidad del suelo, la brisa en el cambio de las

estaciones. Entre las obras más apreciadas que me acompañan hay una edición gris de pocas páginas de un poema suyo: Madre nosotros también somos historia. Poema que introduce una suerte épica de la ternura, un ciento de versos continuos que dejan el resplandor de una mujer sencilla, con caminos que aún permanecen en el corazón del poeta, los amaneceres y las lluvias de la pobreza, las cosas que se quedaron sin terminar, las palabras que no fueron dichas, la dignidad y la obligación de la esperanza. Entre las cosas hechas nada es tan difícil como alcanzarlo todo con una sola obra literaria, pocas veces pasa –pero pasa– que en un poema logremos caber todos, que en los silencios y las avenidas de las costumbres entren personas con vidas aparentemente remotas a los rituales que Morales Santos deja en nuestra memoria. Porque siempre existe un monumento escondido detrás del afecto, porque yo también tuve una madre que hoy mismo es historia y a la que también quise tener un poco más de tiempo.

La vida de Morales Santos parte de un momento singular, un viaje en bus. La particularidad de este viaje es que siendo un joven poeta que sale de su pueblo para llegar a trabajar a la ciudad de Guatemala, se encuentra con el erudito René Acuña, que en el trayecto de ese viaje le habla de los poetas de la vanguardia republicana: Pedro Garfias, Juan Rejano, Vicente Aleixandre, Rafael Alberti, el inmenso García Lorca y uno, acaso, el que más profundo marcaría toda su obra: Miguel Hernández. Aquella conversación pasó de ser una anécdota en la vida de Francisco, para convertirse en un momento fundamental en la literatura guatemalteca. La filiación a las nuevas lecturas que Acuña le proponía fue el punto de partida para una búsqueda de formas más arriesgadas y auténticas que por entonces no eran complacientes con la situación cultural del país. La guerra pasaba llevándose todo lo joven, caía el granizo de la historia más oscura de la represión en Latinoamérica, este pequeño país centroamericano sufrió la violencia más sanguinaria y vesánica de la que haya quedado en la memoria del siglo XX, los que se iniciaron en la literatura de la década del 60 conocieron la persecución, la censura, la cancelación y el patíbulo en oscuros cuarteles. La voz vibraba en la clandestinidad, y por entonces esos nuevos intelectuales se hacían llamar Grupo Nuevo Signo,

un núcleo de tímidos creadores de audacias literarias: Delia Quiñonez, Luis Alfredo Arango, José Luis Villatoro, Antonio Brañas, Roberto Obregón y Francisco Morales Santos. La edición de la antología *Las plumas de la serpiente*, abre camino a esta generación de escritores, en el caso de F.M.S delimita el rumbo de su poesía, siempre marcada por Hernández, las plaqués que editó con el grupo: *Agua en el silencio* (1961), *Ciudades en el llanto* (1963), *Germinación de la luz* (1966) y *Tenebario* (1969) forman un código que bajo la sombra de aquellos días se afirman en lo que conforma la búsqueda de un destino menos doloroso para Latinoamérica, el asesinato de Roberto Obregón en 1970 fue un duro golpe que marcaría el destino del grupo y la obra del poeta. Para entonces solo quedaba el exilio y el aislamiento, la fauna de los delatores anticomunistas hizo lo suyo como en cualquier tiempo de totalitarismos y esbirros de la corrección ideológica apañada siempre por la élite económica. Las publicaciones que vendrían luego nunca se alejaron del duelo por aquellos intelectuales jóvenes que conocieron la tortura y el tiro de gracia: *Cartas para seguir con vida* (1977), *Ceremonial contra el olvido* (1979) y *Conjuros contra gangrena y tumba* (1978).

Mucho más venturosa fue la presencia de la compañera de Francisco, Isabel Ruiz, acaso la creadora más relevante en la historia del arte guatemalteco. Su conocimiento profundo de la pintura en todas las técnicas, lectora incansable, maestra y amiga, Isabel fue el cimiento de un hogar en el que los libros rebalsaban hasta salir por las ventanas y donde el color azul cobalto dejaba su huella sobre la mesa de trabajo. Compañera que dejó su huella con sus grabados y pinturas en todos los libros del poeta, la obra de la década del 80 es entonces una serena búsqueda interior de las razones que nos permiten hacer tolerable la vida a pesar de las condiciones externas: *Madre nosotros también somos historia* (1988), *Implicaciones del verbo amar* (1990), *Ceremonial contra el olvido* (1995) y *Escrito sobre fondo oscuro* (2001). Quienes compartimos mesa con Isabel y Francisco pudimos encontrar un diálogo intelectual de cimientos muy profundos, asuntos de la honestidad, la ternura y un compromiso intelectual con un país culturalmente deforestado. El arduo trabajo que realizara Morales Santos al

construir la monumental antología de poesía guatemalteca. Los nombres que nos nombran es de una altura pocas veces alcanzada en Guatemala, su paciente y generosa labor a cargo de la Editorial Cultura -departamento que él convirtió en algo eficiente y extraño dentro de un esperpéntico Ministerio de Cultura y Deportes- lo puso en el corazón de los más importantes escritores vivos de los últimos cuarenta años, su interés por la investigación lo ha llevado a reconstruir la biografía de Rafael Landívar, primer gran poeta centroamericano, muerto en el exilio en Italia como si fuera un doloroso vaticinio, en 1793 y a emprender a sus más de ochenta años una nueva editorial: Morales Santos Editor.

Los poemas que suceden a esta introducción serán parte de la memoria de lectores que admiran la obra de Francisco Morales Santos o, mejor aún, que la irán descubriendo. Ojalá llegue a poetas jóvenes que al igual que Francisco encuentren el asombro en la cotidiana rutina de un bus, mientras conversan con su obra siempre generosa y que ésta les abra las puertas que resguardan un enorme jardín escondido entre el ruido y el dolor del mundo.

Cerrito del Carmen 3 de abril 2022



ESPLENDOR PERENNE

Para Alejandro Sakiribal Morales Ruiz

*...esta página
también es una caminata nocturna*

OCTAVIO PAZ

*Tatuajes que el hombre marca
sobre la espalda azul de la montaña.*

ÓSCAR MIRÓN ÁLVAREZ

Desde lo hondo de un sueño
que apartó el cansancio
para irse detrás de la alegría,
veo el tránsito de hombres
niños,
ancianos
y mujeres
por esta avenida larga,
recta, llana
—senda del apasionamiento
y de pasos fundacionales,
anhelantes,
pasos sin conjugaciones—.

Han sido convocados bajo la lumbre de la tarde
por una estación fresca
que hace hablar a los árboles
y se esparce en el vuelo de las aves.

Han sido convocados por una primavera
que surge de instrumentos de cuerda,
aspiraciones
y almas embelesadas
en el concierto “Las cuatro estaciones”

y notas de partituras nuevas,
un viento sosegado
porque está entre besos
que crecen como tréboles,
como flores resueltas a hacer suyo el paisaje
y tomar la cadencia de los pasos
para atarlos a muchos corazones.
Ante ella los árboles se inclinan
y aplauden a su paso.

Las personas que miro
correr son semejantes a los ciervos
por su límpido trote,
su agilidad,
su porte,
sus piernas vigorosas,
cierta danza...
—“el arco
con que una gacela traza la mañana.”—
y la inocencia con que corren.

Esta masa
va y viene con pies alados
tras el vuelo de tórtolas
que enseñan a ser libres
con su cantar y aleteo,
de mariposas que aman a las flores
—¿Recordará la mariposa que alguna vez fue oruga?—,
de colibríes que ovacionan al viento,
y evocan arco iris
—radiantes chuparrosas,
chupamieles,
picaflores,
tucusitos,
chupamirtos,
fandangueros—
y adictos a las mieles zumban de uno a otro cáliz
de albas azucenas,
aves del paraíso,
magnolias y gardenias,

al tiempo que dibujan arco iris
con su plumaje nacarado.

*

¡Oh colibrí relámpago de la poesía
salido de Diez colores nuevos
de Otto-Raúl González!,
sobre todo el que emerge del anadrio
porque el anadrio es el color de la alegría.

¡Oh prodigio de pájaro
que vuela de leyenda en leyenda,
inconfundible gema de sol
que reverbera entre los versos!

*

Para la senda, cada paso es caricia
y a la vez pregunta
sobre el trato de la noche pasada
si la abrazó con niebla
con manto renegrido
con temperaturas altas
o con centelleo de auroras boreales.

Un muchacho se adelanta al tiempo
con los puños cerrados
que entreabre a ratos;
no va en busca ovaciones
sino de ojos de agua
que acrecienten los suyos
que como periscopio
buscan por dondequiera
destellos de la amada
y la sonoridad de su sonrisa,
del eco de su voz que le habla
y le repite “te amo
te amo
te amo”.

Y él, como Emily Dickinson, responde:
“No te he alcanzado,
pero mis pies se acercan cada día”.

Va también tras el eco de voces inaugurales
de embebecimiento...
el eco de una torrentera que nace jubilosa
entre estalactitas
y estalagmitas,
de un riachuelo pulidor de piedras
como lo hace un niño,
un riachuelo que baja las quebradas
salpicando alegrías como peces
y marca líneas de caricia y tiempo:
cada piedra preserva una marca de agua
de líneas finas y onduladas
de infancia añeja,
juguetona,
libre.

Para asombro del día
un anciano (“la senectud perfecta”
como la llama Salomón de la Selva)
desciende de su tarde
y se encamina al encuentro de la aurora
—corre y corre—,
mientras, desde muy lejos en el tiempo,
alguien entona cantos
para loar su intrepidez,
y sus ganas fecundas
de andar nuevos caminos.

El retumbo de un trueno advierte lluvia
copiosa en la distancia,
lluvia de besos de la nube al campo
—el campo real y el campo de los sueños—,
lluvia que ha de bajar en busca de una dalia
cuyo botón despunta
para darle salida al fuego que lleva dentro.

*

(Todo llega a su tiempo
como cuando el cartero
traía una ilusión
—un no me olvides
en palabras—
una desesperanza
—no me esperes—
y recogía un suspiro...
una lágrima...
la palabra gracias...)

*

La lluvia llega y cae
sobre una marimba imaginaria
—al principio suave, dispersa,
y luego rauda—
sin saber qué es ausencia o soledad.
Se oye un trueno que aproxima recuerdos
de una niñez absorta
ante relámpagos y rayos
que cortaban la cortina del cielo
y estremecían el corazón y la tierra.
El trueno hace del monte un tamborón
presto a despeñar el miedo.

Hoy el tiempo no es hoja de cuaderno
con vagos pensamientos,
ideas recortadas,
palabras con desgano,
repeticiones-pausas-exhalaciones,
que se fueron detrás de unos amigos;
bocetos de poemas que no habrán de ir
a ninguna mano.

Hoy el tiempo es un ramo de hojas acorazonadas
dispuestas al abrazo
de mar sin tempestades

ni oleajes furibundos
ni escollos ni cantos de sirena
—mar de amantes.

Este tiempo
mejor dicho
este día
es un signo de suma de lo habido:
de hablas nacientes,
hablas afables,
hablas de padres a hijos,
hablas sin una palabra adormilada
porque el día de hacer es hoy,
ahora.
Así de simple.

Ancianos,
mujeres y niños lo comprenden
mejor que los lingüistas,
por eso van felices
bajo un cielo arrebolado
a lo van Gogh.

Este tiempo se monta en una pluma
que reseña en el aire
las marchas animadas
de un contingente fresco
que viene a moldear piernas.
Sus pasos son palabras
de afirmación del cuerpo.

Unas jóvenes trotan
con la sonrisa iluminada,
con el ánimo en alto,
fresco y pleno,
como quien porta un ramo de jacintos.
Lo que hacen es esparcir sus corazones.

Con ellas también va la poesía.
Es la luz en sus pupilas.

No les importa el podio
solo el sudor perlado
que habrá de convertirse en constelaciones
y que las hierbas acaricien el borde de sus plantas,
el corazón de sus deseos;
solo sentir que viven
y como Antonio Machado lo sugiere,
sentir que hacen camino
con el encadenamiento de sus pasos.
con el fluir de su sangre
con el paso silencioso y rápido.

*

—Disculpe don Antonio
que le enmiende la plana
pero hay muchos caminos:
el camino que parte del ensueño,
el camino que pasa por sembrados
con penachos de milpa
y palmoteos de aves,
el camino del relevo,
el camino que lleva a Xibalbá,
el camino hacia la gloria...

Existen muchas huellas de hombres extenuados
de hace siglos
de niños de hoy que saltan en barro húmedo.
Ahí están las huellas de los quince de Acahualinca
que se solidificaron
entre el 232 y el 8 antes de nuestra era
para guardar el paso de quince hombres.—

Más acá están las de mi abuelo
—también las de mi padre—
con sus pies descalzos
yendo y viniendo sobre una tierra ardiente.

*

Oh la estampa plural
que brilla tanto como una estrella
y se le sobrepone.

Correr,
andar,
trotar,
saltar

como quien quiere alcanzar cuerpos celestes
en ardoroso enganche con la naturaleza.

Correr a lo largo de un poema
correr por la pestaña de la aurora
correr por el borde de los ojos del ser que se ama
correr por la rivera de su risa
correr por litorales de sosiego
correr en busca de la palabra justa
correr en pos de la alegría
correr con la esperanza asida al pecho
correr con ufanía.

—Las huellas,
quiérase o no,
son como los astros.
Volverán siempre,
volverán
a la pizarra de la noche,
a los vitrales de la primavera,
a los espejos del agua...—

Un ciclista va y vuelve
imaginando aires de toda índole
que ha de arrostrar en su ruta.
Lo persigue el ideal
de desplazarse por carreteras
bordeadas de maleza
con ascensos, curvas, pendientes
y al final el triunfo...

Pasa un hombre a caballo
y brotan luces de los cascos de su cabalgadura
de tan rítmico el trote
y la costumbre de andar por los caminos
silbando o tarareando
canciones
de añoranza
que alguna vez escuchó:
“¿Adónde el camino irá?
Yo voy cantando, viajero
a lo largo del sendero...
—la tarde cayendo está—.”

También un hombre solo,
a su ritmo.
¿En realidad va solo?
Con él van pensamientos,
remembranzas de ayer o muy lejanas,
quizá algunas nostalgias
de amaneceres sin infancia
o con infancia recortada por el atardecer y el sueño,
deseos varios que convergen
en propósitos...
libreta en mano recolecta
la sustancia del jugo de la vida

Un niño con el gesto de Mozart
ora lento
ora veloz,
recorre un piano ilusorio
en busca de la pasión y la elegancia,
y desgrana ensoñaciones,
pasos pequeños que llamarán minuetos.

De algún lado llega
la voz de Fredy Mercury
que deshoja un poema de amor lánguido
por Mary Austin
(Amor de mi vida, me heriste.
Me has destrozado el corazón,
Y ahora me dejas...)

Llovizna...

Las gotas se unen y se deslizan en la ventana
formando hilos...

cabellos de agua...

cuerdas...

cuerdas de una guitarra
que sigue con fervor a la poesía.

La llovizna es un afán del cielo por besar la tierra
y hacerla suya
en la hora del Ángelus.

Lady Gaga canta.

Madonna

y una cantante árabe

se turnan en el teléfono móvil

para que mi Alejandro siga haciéndole
ganas a la vida

que engarza a los volcanes.

Una joven amiga vestida de ensueño

ha soltado la risa

como si liberara

su negra cabellera

para encadenarla a la cola de un cometa
y dar continuidad a un verso.

Su hombre suelta palabras

y brinda por el mañana

que acaba de tocar la puerta.

Desde el fondo del tiempo y la montaña

un cabrero y su rebaño llegan a diario.

Un cencerro los anuncia.

El rebaño camina sin descanso

y ramonea

a contrapelo del tráfico y el tiempo,

en combate por la supervivencia.

*

Eneas marcha a Roma

desde Troya;

pasa pueblos que anotan sus pisadas
en la arcilla;
circunvala el Adriático
y al entrar se vuelve mito y verdad.
Virgilio junta huellas
que llegan a esta orilla.
Eneas va con Ascanio de la mano.
y el anciano Anquises
su padre, a quien por ratos
carga a la espalda
como echarse la historia

*

También desde mi sueño,
desde su hondonada,
se aproxima Platero trotando sobre un campo de versos
plantado por Juan Ramón Jiménez.
¡Arre, arre Platero!
("Lo llamo dulcemente: *¡Platero!*
y viene a mí con un trotecillo alegre
que parece que se ríe en no sé qué cascabeleo ideal...")

*

A falta de un amigo,
los perros de una casa cercana refunfuñan;
ladran como perdidos,
se alborotan ante las sombras.
En cada paso creen encontrar secuaces.
Rasgarían las sombras si pudieran.
Ladran desde el puente de hamaca de su abulia
como el que repite el abecedario.

*

A ratos se oye una alharaca de aves
que pueblan los arbustos:
tórtolas colilargas,
tzenzontles —pájaros de 400 voces

a decir del rey poeta
Netzahualcóyotl—,
chocoyos o pericas,
pájaros carpinteros
que horadan el silencio...
un clarinero llama a su hembra,
una paloma espumuy va por semillas,
aletean y pillan los polluelos.
Cada día clarea en medio
del canto de los gallos
mucho más alegórico que el Cantar de los cantares.

*

La tasa de café que tomo
poco a poco se enfría
como una novela
que leo a pausas...
cuatro páginas hace dos semanas,
dos anteayer, no sé cuántas la próxima...
porque encontré a Cortázar
en Queremos tanto a Glenda
—camino del asombro—,
porque yo también idolatré
a una mujer por retebuena,
por firme y amorosa.
Es por ella que a diario miro al Este
y al Sur
(mi-ra-dal-sur
a donde ahora van los azacuanes
desplazándose en círculos)
para ver si la encuentro en sus confines...
además, me sumerjo en otras aguas...

(Veo pasar mi vida
—recodo de penurias
y desorientaciones.
Hallazgos...
pérdidas...
Una vida que es memoria, desmemoria
remembranzas.)

Por mi vida camino cada día,
sin fatiga,
con ritmo riguroso
en medio de remembranzas
que alfombran el camino como flores
de flamboyán y jacaranda
Mi letra hace caminos
hacia tiempos pasados
y días venideros.

Me desgrano y de nuevo me compacto.

*

Soy los pies que pasan
dando saltos de pájaro
sobre el rescoldo de la arena,
soy los pies que madrugan
para ganarle al sol.
Soy los pies del hombre
rastreado la esperanza
Tropiezo en una piedra
y suena como un mundo encallecido,
como un tropel.
Me pregunto si no es puño caído,
palpitación cerrada.
Mi huella empalma con otra y otra y otra
y los tiempos se resumen

es la huella que recuerda
Acahualinca

*

Que pase ya el olvido
porque aquí todo es presente.
Solo quiero mirar desde lo profundo
de la emoción a los que corren vigorosamente,
aquellos cuya sombra veo crecer desde lo alto.
Hoy solo anhelo aprisionar sus ritmos,
su risa que convierte sus bocas en recias ocarinas.

Suerte la de esta avenida:
pues no ululan alarmas de ambulancias
ni hay burdeles abiertos a la bronca
ni ebrios precipitándose al vacío.

Veo niños con ramos de alegría
camino a un mañana;
sus cuerpos resplandecen
por la claridad que los circunda
y su sonrisa fluye generosamente.

Un muchacho va a cruzar la calle
rasgando su guitarra
a la vez que tararea una canción añeja
de John Lennon
y lo detiene
“Niño Bonito”:
“Cierra tus ojos,
no tengas miedo...
porque es un largo camino por recorrer
un difícil camino por atravesar
sí, es un largo camino que recorrer...”
canción que lo convierte en su propio espectador.

Por cierto, pasa un niño
con un pan a la espalda
y sus ojos buscándome las manos.
Se detiene y se adentra en mis pupilas.

Por la noche la luna
color de mandarina
se hace gajos
que sin darnos cuenta
han caído en el agua
—absorta ante su suerte—
cuando se van los nubarrones.

El agua excede las copas de los árboles,
esos árboles cuyo entramado evoca
“La jungla” del gran Wilfredo Lam;

el viento derrumbó una rama
que ha quedado tendida como un brazo,
como el ala de un pájaro enorme
que además florece;
las gotas de la lluvia tocan en la ventana
como si preguntaran por mí.

Cada gota de lluvia es una perla
al caer sobre una hoja,
un poema espontáneo en el cuenco de una mano,
un ojo de gacela
embebida en el retrato que le brinda el agua.

El cielo habla a través del agua
con voz frenética
o pausada.
Cada gota tiene su ritmo
majestuoso
alegrísimo
breve
parsimonioso...
Siéntela como quieras.

Cuando el invierno se vaya
lo extrañarán las raíces
que aman la lengua de la lluvia
y los arbustos densos con su pajarería,
también los niños que hoy saltan en los charcos.

Los viandantes recorren nuevos sueños,
es como si descubrieran rosas
en medio del desierto.

Lo bueno es que nada me distrae;
más bien, todo lo que pasa
delante mis ojos
en esta hora de solaz me embelesa,
se apodera de mí como lo hizo la dulce adolescente,
mi Coatlicue,
quien sigue forestando la poesía.

La noche llega
y comienza a esparcir sombras
que se alargan o encogen
a voluntad de la luz eléctrica,
sombras amables,
sombras inquietas,
en acción
inclusive sombras borrosas
salvo las que descienden de ramas
de eucaliptos y matiliguates,
cuyas hojas se agitan de entusiasmo;
por lo demás, el viento pasa
adelante y atrás
de la noche y las estrellas
¡Toda una sesión de embeleso!

—“Por el cielo va la luna
con un niño de la mano.”—

*

Un día quise dejarle mis recuerdos
mustios al mar
pero me los devolvió hechos espuma,
es decir besos marinos,
y con ella caballitos de mar caracoleándole
a la luna...

*

Ya es hora de ir por los caminos
que anduve muchas veces
con el ánimo enhiesto,
como toda esta gente a la que veo
seguir con entusiasmo al Quijote de la Mancha.
Debo ir a venerar huellas,
acaso a recoger suspiros,
lágrimas
polvo

canciones viejas y letanías largas
—“Ora por nosotros, señor de los tristes,
que de fuerza alientas y de ensueños vistas,
coronado de áureo yelmo de ilusión”—;
entender cosas que antes sabían a misterio
como las caminatas de mi abuelo Gaspar,
mi dulce abuelo,
de San Lorenzo Monroy,
su pueblo,
a una ciudad que le era ajena
y que le dio la espalda,
por la cumbre de Medina,
por un camino largo,
solitario, triste,
y retornar sin nada.
Digo abuelo como decir presente
árbol añoso
y de corteza fuerte,
dilecto pomarrosa.

Digo abuelo
y lo nombro con orgullo poeta predilecto
pues solía cantar a cosas simples
en medio del bullicio.
Anciano venerable que desde su pobreza
le cantó con hondura
a la existencia
que era como cantar acerca
de un hondísimo pozo
del patio de su casa
que le negaba el agua.

*

Para el deslumbramiento no hay edad
ni hora
ni exclusividad de sexo.

El asombro puede venir de un astro,
del áster de una célula,

del relato de un anciano,
de la pregunta de un niño
y su sonrisa gratuita,
del muchacho en clase
por el que César Vallejo dice:
“qué grande vuestro dos en el cuaderno...”
—pero más grande es su bostezo
porque le apremia el hambre—;
el asombro viene también
del poema concreto hilvanado por un grillo.

Mi asombro en este instante
es un herbazal con matices
azules, amarillos, verdes,
movido por el viento
en oleaje silencioso
que rinde pleitesía
a los que van y vuelven.

Yo regreso a los pasos
que traspasan la meta de...

Para estos
 niños,
 ancianos
 y
 mujeres

canto
“Gozosos como vuelan sus soles
a través del formidable espacio celeste,
corred así, hermanos, por vuestro camino alegres
como el héroe hacia la victoria.”
A este camino lo arropa un viento
con perfume de sándalo
y mirra,
con olor a cuerpo recién bañado
viento con olor a fruta
y a eucaliptos susurrantes,
altos y con porte recto como el que rinde honores,
viento con fragancia de ciprés,

viento con aroma del pino
que musicalizaba el sembradío de mi padre.

Viento que viene
de mecer hamacas y anhela mecer cunas.
viento ungido con lavanda
que le gana al humo y a la tolvanera,
viento que va besando huellas.

En la arena el viento suprime toda huella
pero no disipa el recuerdo.
Más bien lo aviva.
— “Cómo canta la zumaya,
¡ay cómo canta en el árbol!” —

Viento para abortar nostalgias
impulsar sueños
y elevar el entusiasmo como los barriletes.

Viento con olor a pan recién horneado,
y fragantes madre selvas
que dulcifican la vida
y seducen colibríes.

Viento inquieto,
festivo,
hontanar de danzas nuevas
viento,
viento,
¡Vientoooooo!

Me dirijo a un viento
de giros apacibles,
a su aliento que insufla al caminante.

Al ver un mundo singular
como este que pasa ante mis ojos, pienso
que no nacimos para prenderle fuego
a los senos de la Tierra,
con lamentos

lágrimas,
exasperaciones,
y menos con metralla.

Se nace para apreciarlo
en cada uno de sus poros,
en la columna vertebral de sus montañas
en el habla de sus ríos,
en el rítmico vuelo de sus aves
y la sincronía de su canto.
Por lo mismo, la impronta es
entrelazar las manos,
acoplar los ojos
y sobre todo
enlazar el crepúsculo y la aurora,
asido a sus tonalidades.

CON LA MIRADA EN LOS ASTROS

Para Alejandro Sakiribal en su día

Con la firmeza de un cedro
y la ductilidad de un roble
va y viene
hollando el alba
al hechizo del camino
que lo llama
como si oyera el coro
de lejanas voces
que dicen:
¡ ¡Siempre listo!
¡Siempre lo mejor!,
porque, además, un día
don Bosco lo invitó a su casa
que es toda júbilo,
y aquello conjugaba
con “el lugar del amanecer”
que es su nombre k’iche’:
Sakiribal,
nacido entre lluvias
septembrinas.

LOS INCONDICIONALES

A Javier Payeras

*...mi soliloquio es plática con este buen amigo
que me enseñó el secreto de la filantropía.*

ANTONIO MACHADO, "Retrato".

*Y tengo amigos nuevos
en todas las esquinas de la tierra.*

TRAN DANG KHOA

Los amigos,
los incondicionales,
los dadores de buenos augurios,
los que tienen palabras
al por mayor
para los tristes,
los que no piden pan
sino lo dan,
los que adivinan tus sueños
y te acompañan en su busca,
los que Jaime Sabines llama amorosos,
los que no esperan encontrar
a otros que andan
en rumbos parecidos
pero los buscan
más allá de las siete de la tarde
y antes que el sol asome
—Los amorosos andan como locos
porque están solos, solos, solos—,
los que te toman la mano
para leerla como los gitanos
seguros de que sus líneas
van a encontrarse con las de ellos,

los que vienen sin decir de dónde
porque solo anhelan
andar la misma ruta
y hacer de la esperanza una realidad,
los que no se sientan a llorar fracasos
sino vuelven a las andadas
con un geranio en la mano por bandera,
los amigos.

Los que jamás te negarán tres veces,
los que te hablan cara a cara
y sin rodeos,
los que aplauden tus logros
y le encuentran salida a los fracasos,
los que te dicen que el amor más grande
también se encuentra
en la hoja de un cuaderno,
en la hoja de un árbol
y en su médula.
los que nunca se dan a cuentagotas
sino con locura,
los que hacen del cuenco
de su mano
un nido
en la nerudiana “primavera humana”.

Nunca esperes de ellos preguntas retorcidas
para llenar sacos de hastío.
Lo que traen son verbos transitivos
como fraternizar y diseminar
semillas
sobre surcos de corazones encendidos.
En su interior guardan caudales
de alegría
para ir al encuentro del hermano.

Habrán sufrido
y sin embargo ponen
punto y aparte a sus tropiezos personales
cada vez que encuentran a un amigo

y lo abrazan con fe
porque así son los incondicionales:
olvidan sus pesares
y pródigamente se derraman
junto al fulgor del día
como un fragoroso Tequendama.

Los genuinos amigos no osan lanzar piedras
ni improperios
ni manipulan complacencias,
tampoco musitan falsedades,
más bien son dadores
de esperanzas.
Memorizan tu voz para guardar su acento
y deshojarlo
en las horas del silencio.

Hay amigos que desde la infancia
se enrolan como tales;
talvez no saben, pero son gemelos
en lo que anhelan;
abren vías para ir por otros rumbos
donde pueden andar alborozados
a la vez que aprenden
que el mundo no es ajeno.

Un amigo es un cuaderno al que entras
a dejar parte de tu biografía
con sus luces y sombras
sabiéndote guardado.

Ese alguien que te convence
de que hay una puerta lista
para que tú la abras.

El amigo verdadero aparece
sin que nadie sepa
de dónde,
es hermano de las olas
e igual que ellas no pregunta

porque algo le dice que el “esquinero sospechoso”
de “Porai por La Parroquia”,
es un poeta
“con el agravante de ser salvadoreño”,
adrede enamorado
en espera de su amada
y que en el fondo del alma lleva un germen
de “ poemas para recordar que no somos unigénitos” .
¡Cómo no recordarte Hildebrando Juárez
en aquel tiempo de exilio!

El amigo a secas
—llámese José Luis Villatoro=Pedro a secas—
abraza ecuatorialmente
con brazos semejantes a mazorcas;
un apretón de manos es solo el prolegómeno
del contar de los contares
que destilará como uvas
que con el tiempo serán torrente claro.

Él te enseña a llenar los intersticios
que deja una amargura
y como un mago la convierte en humo;
no vacila en traerte un equinoccio
sin pedir nunca nada a cambio,
nunca

nunca

nunca.

ELOGIO DE LAS MANOS

*La mano es la herramienta del alma, su mensaje,
y el cuerpo tiene en ella su rama combatiente.*

MIGUEL HERNÁNDEZ

En esta hora evoco
las manos
que estrecharon las mías
como signo de camaradería;
aquellas que en mis puños dejaron
un fuego de esperanza
con aire de claveles,
manos de alguien que a mi lado
enarbolaba una pancarta
y un geranio;
las de los cuencos vacíos
como cuevas
o ríos que perdieron el habla en el verano.

Hoy evoco las manos
que se alzan como el trigo
sobre el surco;
las que empuñan serruchos y martillos
para darle acomodo a la madera;
las que pisan café y maíz con la alegría
del que aporta vida;
las manos que revelan
entre versos las almas de las cosas,
su acento y la forma en que conmueven.

Las que alzan un pañuelo
con el convencimiento del retorno
o en señal de aliento

Enaltezco los pañuelos blancos
de las Madres de Plaza de Mayo

que hablan por sus manos,
las mismas que han sostenido la memoria.

Siempre invoco las manos
de la mujer amada
tersas como alas de palomas
y pétalos de rosas
dispuestos a entregarse al fulgor
del nuevo día;
manos que embalsaron palpitaciones.
Madréporas sin término
en el mar de su ternura.
Manos que se desplazaban detrás de una línea,
detrás de un sueño
del que surgían
imágenes sobrecogedoras.

Rememoro las manos
del solista en la ejecución de un concierto
de violín de Paganini;
las manos que al tañer un arpa
encienden el recuerdo de una caricia sin igual

Y qué decir de las manos
con las que el jardinero
elimina la maleza
y poda plantas
como si recortara tristezas
o malos pensamientos.

Tampoco son para menos
las manos de los guardametas
raudas para la contención de un gol
y las de la fanaticada
que abre el cielo y la tierra
con su estruendo;
así mismo las manos del lancharero
que va en busca de peces.

De igual modo los niños
que comienzan su vida

con la inquietud aleteando entre sus manos
lo mismo que las de la lavandera
que nunca se repliegan
porque es otra manera de amasar el pan.

ENAMORADO DE LA VIDA

A Roberto Obregón

Hoy los bosques profundos
tienen un verde jade
que celebra tu poesía
y nos conecta contigo.
Son verdes que me envuelven
hasta sentirme brote
de abedules y álamos
que crecen
en el hontanar de tu recuerdo.

Del recuerdo en que estás parado
como una “lumbre sin sueño”
mirándonos andar
con Guatemala al hombro
para librarla de villanos

Muchacho apresurado
el de las huellas llameantes
que viniste del hielo con una “sed enorme
que nunca apagarían los labios
de la estepa”.

Sí, siempre andabas con sed de entregarte
meridianamente a soñar incendios
y propagar tu anhelo
por los desposeídos

Cuando estabas lejos, decías:
“Al despertar, asomada a mi rostro
mi patria me estará mirando.”

Querendón de esta tierra,
en tus versos gritaste que la amabas
y en tu insomnio anhelabas auroras para ella.

ESTACIÓN FLORIDA

Mis manos son tu superficie.

MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS, *Autoquiromancia*

Faire un POEME comme la nature fait un arbre.

VICENTE HUIDOBRO, *Altazor*

Durante años y noches cuesta arriba
fue un fruto acariciado
del centro de los ojos al borde de los labios
como la primavera anunciada en un poema
a la mujer que se ama.

Apenas la metáfora en fase de crisálida,
o la raíz más honda de una esperanza
que en el curso del tiempo sería gran fortuna;
la almendra que se abriría paso
hacia la superficie
o la ilusión borrosa en la estación del sueño,
ese río constante y tumultuoso
del que a veces volé sobresaltado
por ráfagas de muerte
y tropel de botas.

A veces era pez volador,
luna huidiza,
barrilete gigante escapando de mis manos
y a ratos mariposa monarca en vez de cielo.

*

“En la luna negra,
¡un grito! y el cuerno
largo de la hoguera.”

*

En horas de vigilia la miraba pasar como una nube
mientras yo era presa del naufragio
en océanos de ansias,
semejante a un pájaro marino
con deseos fervientes por un nido.

Desarrollo del sueño recurrente
que venía para posesionarse,
mi pasión, ¡oh yegua indómita!
se movía del ímpetu al reposo,
pisoteando el azar y el titubeo
por el ansia de alzar espacios cálidos
para la resonancia de voces y latidos.

Más que para verla
esta casa nació para sentirla
con placer de criatura en el vientre de la madre,
para aspirarla como un aire distinto
con el olor que emana de la tierra labrada
después de intensas lluvias
o al paso del rocío;
para oírla imaginando una mano femenina
que flota sobre un arpa
o desgrana un piano;
para verla con los ojos del alma;
para absorber un poco de paz y a la mañana
siguiente volver al mundo opaco
que se mueve cargado de cadenas.

Una vez y otra y otra
el batir de la argamasa
abordaba los insomnios
y entonces me nacían alas
en los cinco sentidos
y soles en las manos
para reconocer los materiales
que serían su alma.

Atisbada desde la adolescencia
como si se tratara de la primera novia,
cada vez era objeto de recambios
pero siempre vestida para la primavera
y con vista a la mañana.

Porque yo, hijo de mozo,
desde joven también tuve un gran sueño;
como tú, Martin Luther King,
tuve un gran sueño arraigado en el agobio
de los peones que sudan
para fortuna ajena,
un sueño poblado de panales
que conforme los años y los días
se me transfiguraban
para hacer de la casa
el país que me embargaron,
(cada vez que la noche confiscaba el cielo
y el desamparo el alma)
un país sin olvido ni olvidados,
un país para la honra de los antepasados,
un país remozado hasta los tuétanos,
un país sin correntadas de indiferencia,
ni desbordes de pánico
o gemidos,
un país sin confines,
mucho menos con tierra calcinada:
casa y país de la memoria.
Pensarla por encima del tiempo y de los climas
me afirmó en dibujante de todos sus espacios,
volúmenes y formas
con claroscuros y destellos,
desde la mesa planificadora del cerebro,
desde su masa ávida por ser parte
nuclear de la primera piedra;
ejercicio vehemente de hacer historia
fundacional, a fuego lento,
y al mismo tiempo firme.

Esta rada de amor ilusionado
fraguaba en mi cabeza

una vez y otra y otra
como fragua el poema
que anhela tocar cima y fundir tiempos,
abrazos, besos, voces.

Por tiempos retornaba al vacío del desvelo
pero resucitaba como Lázaro
para darle razón a la existencia,
perennidad al fuego
y motivo al corazón para ser yunque.

(Por tiempos...
¿Qué es el tiempo para quien
solo tiene la nada y quiere el cielo?
Puede ser como un viento huracanado,
como una carreta que va a vuelta de rueda
o como el agua que se bebe a sorbos.)
¡El tiempo! ¡El tiempo!
A veces pájaro en mano
o vilano arrancado por el viento.

En la fase de espera se turnaron
astros y climas,
certidumbres e intranquilidades,
sobresaltos y anhelos
que afinaban el ánimo
y las manos,
como el tratamiento previo de la arcilla
o los preciados alimentos,
y tras la intensidad de aquella espera
todo fue lumbre de alumbre,
perenne centelleo de obsidiana;
pero por sobre todo una fiebre ecuatorial.

Al pasar del esbozo a lo que es dable
de arrullar en el nido de los ojos,
abrasar con la lava de las venas,
medir con todos los metros del poema,
las paredes crecieron con vocación de ánforas
para guardar la esencia del habla de sus dueños,

la miel de sus afanes,
el fuego de sus verbos transitivos,
el eco de sus alados corazones.
Y de esa nueva épica,
de esa envolvente historia de jóvenes amantes
abriendo días como si fueran ostras,
muy pronto se arrogaron
el oficio de páginas de diario
en donde lo primero
fue insistirle a la muerte a cada tiempo
que no puede venirse con antojos de entrar
[por dondequiera
porque le da la gana,
ni darse aires de dueña de este mundo
ni cercenar el gozo a la hora en que florece
ni robarse el fuego.

Aún sin conocerla le escribí canciones
que navegaban por el aire
al compás de instrumentos que hacen vela
con el fin de vencer incertidumbres...
dudas... miedos...
Fundando su gramática en deseos
más firmes que el diamante
y más recios que la lluvia,
le compuse canciones con llanas armonías
que aprendí “de los enamorados labradores”
–Martín Morales Pérez,
madrugador perpetuo,
Martín agrícola,
tú fuiste uno de estos–,
y al mismo tiempo arrullos
semejantes a los que se esparcen sobre los amasijos;
al oído de los recién nacidos;
junto al niño esperado por la cuna
que es parte de las manos de Remedios Varo;
por sobre el hombro de la mujer que pasa
sonriendo para nadie en particular,
solamente a su futuro;
sobre el sueño de la bienamada;

a la boca de un túnel que en el otro extremo
tiene un nido de pájaros rapsodas.

Mi memoria relacionó la casa
con recuerdos y objetos que la apuntalaran:
arenas de caminos vertebrales
extenuadas y cárdenas de tanto mirar huellas,
arenas extraídas del fondo de los ríos
donde las afinaron los cuerpos de los peces,
arenas de volcanes batalladores como el Cid,
arenas que corearon con el viento
canciones de migrantes
en terrenos baldíos y en desiertos,
arenas casi lenguas candentes
que lamían mis pies cuando era niño,
arenas que en las noches de frío
se dejaron blanquear por las estrellas;
piedras puestas al paso para los caminantes,
piedras pulidoras del agua de los ríos,
—incluso aquellas con las que a veces tropezó mi
[empeño—,
o el pedrusco empuñado por los adolescentes
en reclamo de lo que se les debe
—Yo soy 133—
(la muchachada es la única...,
vos me entendés)
pedazos de guijarros que aún resguardan
relatos ancestrales;
lascas que hablan en nombre de los siglos,
tezontles de alas escondidas,
cales del corazón de las canteras,
cales extraídas del fondo del verano
cuando el sol está a punto de lanzar relinchos,
cales blanqueadas por la luna,
cales clarificadoras del azúcar;
arcillas para búcaro
y embocadura de ocarina
que le hablen a los míos
de este ejercicio de amar
con los pies sobre la tierra.

La enlacé con aromas acentuados por la neblina
[y el rocío,
con el canto encendido de los bosques
y escrituras antiguas
calcadas en madera y con plumas de serpiente
para dar bienvenida a la semilla.

El agua dulce,
 el agua pluvial
 y el agua mansa
fusionaron su canto de manantial y catarata
con olores de prado
a la hora del sereno.
En mi sueño he cavado socavones
para apuntalarla con mi pecho
que tiene la firmeza del palo volador,
la resonancia del hormigo,
y es añejo como el chicozapote.

La asociaba con barro de Chinautla
en cuerpo de ángeles
y voces de alfareras
que en las mañanas pasan con carga de vasijas
y parecen llevar amaneceres
enfundados en mantas impecables
como un diario conjuro contra las aguas negras
que pasan por su pueblo.

El sueño por tenerla era para medirlo en mares,
y caricias hondas
producto de canteras cuyas palpitaciones,
convergiéron en el deseo unánime
y las piedras sillares
con la sonoridad de los timbales.

Fue por esto que acostumbré a mis ojos
a ir a lo recóndito
y encender las estrellas apagadas
y subir por el árbol de la vida
para obtener la aprobación de los ancestros,

el consejo de los maestros magos.
Fue por esto que en cada madrugada
la tenía por norte;
era mi aurora boreal,
mi cruz del sur,
mi solsticio
y al mismo tiempo mi sol de media noche,
mi papel pautado para captar sus estaciones
y los estados de ánimo de sus poseedores.
Mi oficio fue ponerle corazones en su centro
y por fuente el fluir de las palabras.

Para ella cantaban de sol a sol un himno
el serrucho y el martillo,
los clavos y la hachuela,
la batea que juega al embarazo en la amalgama
del cemento, la cal y las arenas,
la cortadora de azulejos con su solo intenso,
las palas diligentes,
las cubetas que van de mano en mano,
los hierros gobernados al gusto
de atentos albañiles
y las cucharas prestas a endosar ladrillos
como se juntan versos.
Todo en función de niveles y plomadas
para una firme ascensión de las paredes,
ansiendo que sus cuerpos tuvieran reciedumbre
de cedros y caobas.

La casa,
nuestra casa,
creció como un poema
enriquecido con ópalos y trinos,
como una flor en cuyos pétalos se juntan
el polen y la abeja,
el sol de mandarina
y la luna de guanaba:
sabores y colores para deleite de la vida.

Al bosquejarla imaginaba tus mejores años
que no han pasado,

que perduran,
que entre invierno y verano se renuevan,
—entre niños que llegan palpitando
con juego de gorriones,
con gozo de tzenzontles,
tezontles vivos que zumban en el aire,
itzunún!

 itzunún!

 itzunún!—

como la dádiva más viva,
como la piedra original,
la que se entierra para que brote en ladrillos
y florezca en techo y sepa a nido.

La pensaba en colores y escogía
el de una venturina
por ser miel de la tierra,
alternando con el rojo cinabrio, el añil, el jade verde,
y sobre todo los diez colores nuevos de Otto-Raúl González
resaltando el anadrio
para ser feliz hasta decir ya no,
porque el anadrio es el color de la alegría.
En ella mineralicé mi anhelo
y lo regué con versos que hablan de la arcilla
y los cálidos albergues
—la alcoba en primer plano
para la fiesta de los cuerpos:
su lenguaje de fuego
el desgrane de su carne
y la germinación del semen.

Litoral sin confines
porque en ella confluyen
las olas y los ríos que hablan de lo que es en el instante
por sobre la nostalgia
y los días fragmentados por un grito de muerte;
porque a ella se avocan
el grana de la tierra y el azul del cielo,
soles y lunas en bandeja de agua.

Isla es porque a ella retorna el navegante
de oficios cotidianos
después de la borrasca o de la calma chicha,
después de confrontar rostros sombríos,
para desahogarse en un descanso
que contenga los dones del vino reposado.

Día tras día anduve recogiendo mieles
que se le escurrían a la madrugada,
junto con el perfume de las rosas silvestres
aún no contaminadas,
día a día pensaba con vehemencia
en la que habría de ser amplia morada
del canto en coro de las palpitaciones;
el puerto del que parten y al que retornan
con dilatado regocijo los amantes
para ser abrasados por su aliento;
la caja donde se guardan los susurros
los besos, los abrazos;
la que tiene por veleta viviente al clarinero
y la alegra el zurear de las palomas
en las primeras luces o al final del día;
el orbe en que aprendemos a descifrar
los balbuceos de los hijos
en su estación angélica,
en su cambio de voz y de modales,
en su hora de musicalizar la vida sin descanso,
cuando la vida gira en torno a sus afectos
y poco a poco sus corazones se abren como gajos.

Casa-caja de música para seguir los pasos
de nuestra dulce América,
que del mundo de sueños y muñecas
iba, sin darse cuenta,
al de los retos,
mientras, así quedito, solía tararearle:
“qué va a ser de ti lejos de casa.
Nena, qué va a ser de ti...”.

*

Por la ribera del sueño
viene clareando un latido.
Guarda noche tus luceros
porque ya se abren los ojos
de mi primera criatura.
Guárdame noche las penas
para que yo la reciba
como conviene a una reina:
con sarmientos de alegría
y pétalos en el aire.

*

Casa-horizon carre
donde Alejandro Sakiribal volaba
en su nave de sueños para alcanzar las cumbres
marcadas por el ansia
siempre con el anhelo de ir “hasta los astros”.

Casa lúdica
en la que mi tigre de la sonrisa dulce,
Rodrigo Ixbalamqué,
se eleva con la música
cuyas notas se van entretejiendo
hasta convertirse en alas.

*

Mis niños juegan mecanos,
patinetas y nintendos
sin percatarse del aire
que acarrea ecos de sierra
y aserrín en vez de nubes.
“Arbolé, arbolé
seco y verdé”
dales tu savia y tu sombra
para que puedan crecer
salvos de hierros cortantes,

“Arbolé, arbolé
seco y verdé”.

*

Todo el tiempo estudié sus ángulos,
la posición de las ventanas
y su alianza con las estaciones
porque debían orientar al viento
hacia flautas y órganos
que activan la alegría.
Por esto hice balcones con la lumbre
de los cielos bronceados de noviembre.

Sabedor de mis gustos, mi gemelo el viento
fue el primero en dar música al entorno
con ecos de una orquesta
en la que Jorge Sarmientos puso fuego
sobre un tiempo de mordaza y silencio
—y fue la hora en que retrotrajo a Mozart
y convocó a Beethoven con Luciano Berio,
Bruno Maderna y Luigi Nono—;
con ecos de Ella Fitzgerald
—esa voz tan sutil como la seda—,
con ecos de los Beatles,
Joan Baez, Jimi Hendrix,
Mayra Rossell, Irene Papas, Leonardo Fabio...
y la andina resonancia de Mercedes Sosa.
En suma, todos los que dan justificación a mis oídos.
Si tuviera que empapelarla
para salvarla de inclemencias
apostarí por hojas de amate con poemas
de Netzahualcoyotl,
códices
y, ¡claro!, partituras de Joaquín Orellana
parigual de Hunbatz y Hunchouén.

De algún modo su piso está regado
con la sangre de sus ocupantes fervorosos,
prueba de ello será que con el tiempo

se perciba la esencia de flores aromáticas,
tallos de luz
y canto de arroyos escondidos.
De algún modo sus muros están calafateados
con sudor generado por el ansia.
Con lágrimas a veces,
—por las que me disculpo
y también por las zozobras.

Y las lágrimas tuyas, vida mía, que supieron a mi alma
como al pasto el rocío.

De algún modo el insomnio y el ayuno,
la impaciencia y las transpiraciones
son parte de la ofrenda.
Cada cosa que entra en su costado
de algún modo nos lleva por delante.

Quiero que por nosotros hable
este afán inenarrable de todos los afanes
que se alza con el empeño de una vela
en mar abierto.
Anhelo con vehemencia que este afán de nauta
que construye el barco con sus propias manos
ahuyente las horas más amargas.
Afán que se ha venido vertiendo con arrojo
sobre un diario sediento de dibujos,
donde a la vez se vuelcan la sangre y los presagios
de buenos vaticinios,
la osadía y el ansia en mezcla inédita,
y el vino de las rosas destiladas por el amanecer.

Afán de plantar casa para asentar la vida,
de rodearla con ojos y relojes
de sol a toda hora
y sentir el calor de su presencia
y convencerse de la razón de ser
de labrar el día
por un sitio como este
para que impregne de alborozo sus paredes.

El afán es vivirla palmo a palmo,
contemplar lunas nuevas sentado en los andamios,
muralizarla con gestos y palabras,
ponerle alas de ángeles de terracota
en cada esquina
para que la eleven por sobre sus columnas.

Sueño un artesonado
–arte soñado–
que sea parte del asombro
que cuente al visitante
por qué los años nuestros no han pasado en vano;
quiero sentir que mis hombros son su asiento.

Sueño este cielo raso
como si fuera una pizarra
donde mire el listado de tareas
vinculadas al amar, al vivir y al compartir.

El afán y la gracia y la alegría
es ver que por su puerta
“entra la aurora con pasitos quedos
como una Pavlova dorada”,
delante de los versos de Ezra Pound.
Cada día la veo como la palma de una mano
a la que leo y releo
para que mi destino no esté condicionado
a cara o cruz
o al quizás de quien no encuentra norte.

Así como el orfebre acaricia el oro en bruto
y el campanero el bronce,
así anduve detrás de lo que era
rumor en mi cerebro, apenas,
gestación de una idea
y por último, querencia que se materializa
a mi requerimiento
y tu presencia arrebolada
que hace danzar al aire.

Con la casa ha llegado el comienzo de la siembra,
pues siembra es la sonrisa isabeliana
su labor impulsiva, de reclamo
por lo mal que anda el mundo;
los pies para la danza,
el soñar en grande
que es como se entiende la fiesta de los pájaros
que nos animan dentro.

*

De tarde en tarde la miro:
bello rostro aceitunado,
sonrisa dada en semillas,
talle de flor encendida
que me convida a la danza.
¡Quién supiera del futuro
para no apagar su llama
ni mancillar su cintura.

*

Es la hora entrañable de las multiplicaciones;
el tiempo de encender el fuego
en los cuatro ángulos
y redoblarlo con lumbre de pupilas.
La ternura es ahora la simiente
que lanzamos sobre limos pujantes
en el umbral del día.
Así mismo de voces y ternuras
se colma su granero.

Llegó la hora de quemar las naves
y la vieja costumbre de ir por este mundo
como hoja arrastrada por el agua
hacia la alcantarilla.
Aquí acaban los viajes de Odiseo
que hoy despierta a una nueva circunstancia
y va en busca de la amada
con palabras aladas de modo que no vuelva a soñar en
solitario
ni dar paso a borrascas personales.

Todo el tiempo la inquietud ha sido descascarar el sueño
para hacer contrapeso a la indolencia
y proseguir armando esta razón de vida.

No hay anhelo mayor que atrapar un arco iris
para recrear la estancia
donde cobren altura los cantares
extendiéndose como cabellos en el viento,
y también las palabras con verdor de trigo,
y no haya noches tristes.

El ánimo perenne es empalabrarla
de la misma manera que el mar se entretiene
llenando caracoles
con acentos de orígenes diversos
y escribiendo en la playa con su tiza de espuma
sobre incursiones al azul profundo
lo mismo que al azul del cielo.

Aquí todo borbota con la fuerza
y la limpidez de un manantial:
la palabra y su savia,
la sonrisa y su eco,
la expresión luminosa de la amada
que es Jimena y Aldonza al mismo tiempo;
la expresión luminosa de Coatlicue
¡jamás la de la muerte!,
su cuerpo sobre el lecho
—versión del paraíso—,
las manos ¡sí, sus manos! cargadas de ternura,
los cuerpos y sus sombras empinadas,
los dedos en la tejeduría de los oficios diarios,
los pies prestos a gobernar el tiempo
y ganarle la partida.

Esta casa ha sido hecha para ganar la vida,
—“fuente y origen de la mía”—
para ver el crecimiento de la dicha
como “el ajuar constelado de la aurora”,
sin presionar al tiempo
ni pedir tregua a la fatiga.

Su fulgor hace que la noche viva,
que se pliegue ante su prestancia
convirtiéndose en una noche blanca y mansa
y la tome como un astro.

Porque aquí el silencio jamás tendrá cabida,
pues nunca accederán a esto ni los sueños hablados
ni los sueños que buscan encauzarse.

Por algo sus paredes
son como la corteza de añosos ahuehuetes:
pues, claro, en sus poros se conserva
la semilla de risas efusivas
que en su momento fueron
vacunas contra el miedo,
la delación, la muerte...
y afloran en recuerdo de amigos entrañables
—Luis de Lión, es de vos que estoy hablando
y también de vos “Pedro a secas” Villatoro.

El día del eclipse,
cualquier eclipse,
continuará brillando
como la cara redonda de la luna.

Ha de seguir brillando como el azúcar
y la sal que hay en su mesa
en señal de hermandad y bienvenida,
porque siempre estaremos
“con todo el mundo a la mesa”
como anheló Pablo Neruda.

Aquí ninguno heredará el silencio
ni la memoria de los días grises y los golpes bajos
ni el deshumedecimiento que es sal de los desiertos
ni la palabra imposible
ni los recuerdos en colores sepia,
ni la raíz de los abrojos
pues cada parte de ella es un medicamento
contra los desalientos.

Aquí se aprende a levantar el vuelo
para cruzar pantanos
y elevar la voz
hasta la cumbre del volcán más alto.

Aquí no vale la palabra ausencia
porque ninguno está para irse
entre la humareda que nace de la roza;
lo que hace cada uno es plantar su caña
para que esta florezca en señal de permanencia.

Lo que se va es el día,
no el calor de las manos,
ni los pasos menudos de nuestras dulces madres
ni el hilo tejedor de sus sonrisas
ni el bosque de sus voces
que nos guardan cogollos de su sabiduría
ni sus gozos que son nuestros espejos.

Si pasa la tristeza
que lo haga con la mirada baja
y la prisa que da el miedo
—no vaya a ser que la espere
con un tizón encendido, y ya veremos—,
pues esta no es la casa del frío
ni la de los murciélagos;
mucho menos la casa de los tigres funestos
o la casa del fuego
de los sacrificadores;
díganle sobre todo
que equivocó su ruta
porque aquí la alegría es objeto de locura,
por tanto no se extingue
ni tolera los guiños del olvido.

Aquí vinimos a enterrar sollozos,
a oponerles la vida floreciente.
Aquí vinimos a exaltar amores
grandes, únicos,
oficio que no entienden los convencionales,

a cambiar la rutina de las manos
por el vuelo en ascenso de las aves,
el grito por su canto,
que es lo que hacen
los enamorados de la vida.

Aquí vinimos a trasplantar memorias
que impulsan a seguir el rumbo.

Aquí tampoco se ha de extinguir el fuego
que horneó el ladrillo
como se hornea un corazón amante
y el corazón del canto
de quien desde su infancia
ha vivido esperando un nuevo día
para el que haya una recordación florida.

Canto que es
el cantar de mis cantares,
canto de voz y cuarzo para nosotros mismos,
o para que se entienda:
coronación de la constancia,
coronación del sueño,
coronación del deseo,
coronación de los días,
coronación del arroyo,
coronación del fuego
—¡Ecce cor meum!,
He aquí mi corazón—,
coronación de un trozo
de pan bajo su cielo,
coronación por sobre todas las coronaciones.



Amorosidades

IMAGEN DE TU HUELLA

*A mi padre
Martín Morales Pérez*

*Los olores persigo de tu viento
y la olvidada imagen de tu huella...*

MIGUEL HERNÁNDEZ

Hoy, padre mío,
tú eres parte del polvo
—*mas polvo enamorado*—
como en vida lo fuiste de los caminos,
los surcos y los sueños.

Ahora como entonces
vengo en busca de tus pies descalzos
de tu gesto sencillo
y de tu empuje para arrostrar apuros
hambre
y desvelos por tus hijos.

Yo no sé si llamarte devoto de la tierra
porque siempre vi
adelantarte a la alborada
escalar montes sin mostrar fatiga
y luego inclinado hacia la tierra
en la siembra de algún grano
para florecimiento del rastrojo.
De niño me llevabas
a la ciudad presta al embeleso
por sus templos caídos,
sus calles alfombradas de piedras,
sus plazas y pilas cantarinas.
Una ciudad estática
con campanas que evocan tiempos idos.

De aquellos años, padre,
también evoco,
—teniéndome a tu lado
en aquella Ciudad Vieja,
nuestra pequeña patria —
la visión de las danzas populares,
los trajes relucientes
que cubrían remiendos seculares,
los parlamentos extraños,
casi ahogados
por máscaras
acerca de otras gentes,
de otros mundos.

Pero este niño también era tu aliado
en tus afanes de aparcerero,
batallador con azadón al hombro
y un morral lleno de interrogaciones.

Te recuerdo, padre,
empapado por la lluvia,
zaherido por el sol o el viento,
o en medio de polvo arremolinado
con el afán
de cavar una trinchera contra el hambre,
sin embargo, tu gesto
expresaba querencia hacia un terruño
que no era tuyo,
fe en que el sudor produce
algo más que llanto,
esperanza en algo...

Lo que te daba arrojó
para aliviar tus penas,
no era el hacendado contratante
ni el mísero salario
ni el dinero que no alcanzaba nunca
sino el sudor de tu frente,
el que fuiste dejando en el camino
gota a gota mezclado

con tu sangre,
 las piedras
 los abrojos.

Tarde entendí que tu amor
hacia mí pedía
que no me desgastaran los oficios rudos.

Martín, padre del mar de mis asombros.

TIGRE DE LA SONRISA DULCE

Para Rodrigo Ixbalamqué

A menudo los hijos se nos parecen

JOAN MANUEL SERRAT

Primero niño
y después hombre.
De aquel tiempo primero recuerdo tu alegría
por juegos de palabras,
en la ida y el regreso
(el ascenso y la bajada)
de la casa al colegio
¿te recuerdas?:
torcanario, peballo,
gapato, jirafante
como una forma de anteponerle
alborozo a la fatiga;
a veces nos unguía la lluvia o
nos abrazaba el sol
en el trayecto.

Por seguro tenía
que eran juegos que nadie iba a quitarte.

Retoñaste en el árbol de la vida
y en el correr del tiempo
le diste espacio a un nido
de ensoñaciones
y luego a un pájaro rapsoda
que no era otro sino tú.

Antes que tú nacieras,
tu madre y yo,
nos desgastábamos los labios

con besos y sonrisas
sin otro pensamiento
que mirarte correr como un pequeño ciervo
desde el amanecer hasta el crepúsculo.

En la hora del parto
mi corazón quería acelerar el tiempo
para oír tu grito descubridor del mundo
y la luz.

Como todos los padres
me angustiaban tus lloros a deshora
en los tiempos primeros de tu infancia
y entonces
mi corazón se convertía
en sonaja y cancionero,
mis brazos en hamaca.

Para tu bella madre
—esa mujer morena
que sobre la cuna
rebosaba ternura
mientras dormías
o cuando despierto te reías
iluminando nuestro mundo—
inventaste la palabra amora
y bailabas para ella
como un colibrí en torno a una lavanda.

Eras uno de esos locos bajitos que,
como dice Serrat,
“se incorporan
con los ojos abiertos de par en par”.

Ya ibas, ya venías,
pequeño entre los grandes
como aquellos amigos nuestros
José Guillermo Urrutia
y Lourdes Chávez
mexicanos de pura cepa.

Realmente no sé cuándo creciste,
como el matiliguante
fuerte y seguro,
floreceste en sueños
y entonces
fue como si las fibras
de nuestro ser
vibraran de zozobra
al meditar que un día
partirías a una selva inédita
diferente del mundo en que te criamos.
Más, por suerte, no te tragó la selva
porque para mí eres un tigre con sonrisa dulce,
tigre con manchas de luna,
postal de la noche.

Ahora vas y vienes como guía
de una parva colmena:
tu consorte Gabriela
y Alejandro tu hijo,
los tres en uno
por la hermosa senda de la vida.

NIÑA DE MIS OJOS

Para Alma América

“Qué va a ser de ti lejos de casa
Nena, qué va a ser de ti.”
Joan Manuel Serrat

“Y Dios me hizo mujer,
de pelo largo,
ojos,
nariz y boca de mujer.
Con curvas
y pliegues
y suaves hondonadas
y me cavó por dentro,
me hizo un taller de seres humanos.”
Gioconda Belli

Ahora evoco la aurora de tu vida
con la pureza que toda niña trae
en el cuenco de sus manos,
y también tu alegría de jilguero
en nuestra casa temporaria.
Aquellos fueron tiempos
de arrullos
y juguetes.
¿Recuerdas la polenta
en un ciclo vital de juegos con muñecas?

Entonces te mecía
con la emotividad que genera
la claridad de la mañana.

Fue desde aquellos días
que te nombré niña de mis ojos
por diáfana

como lo has sido siempre,
porque avistas escollos
y nunca los eludes;
por tus quehaceres múltiples
que te hacen inmensamente humana.

Y como siempre tu madre
se derramó en mil y una cosas
para que el cielo de tu existencia
fuera cristalino.

Con el tiempo creciste
emblemática azucena
de tallo y talla firmes,
libre de espinas
y te convertiste en una metáfora viviente.

Un día leímos en tus ojos
que querías ser feliz y volar como las aves,
adentrarte en el mar de los asombros
y poco a poco,
imperceptiblemente,
pasaste de un mundo a otro
y tomaste el timón de tu destino.
Dejar casa entrañable
para ir al encuentro del amor
o el desamor.
Fue como un corte
de tu cordón umbilical

Años después tu madre preguntaba
por qué un día
su pequeña
Alma América
se fue dejando atrás
un ámbito de amorosidades.

Resplandeces para darle celos
a la luna y las estrellas,
resplandeces cuando la oscuridad se asienta,

resplandeces en la altamar de los asombros
y también en la ceguera del desierto.
resplandeces a pesar de sinsabores
que...
bueno, más bien te engrandecieron.

Cuando todo el mundo está dormido
tú hilvanas el día que recién termina
con el que está por llegar
como una flor teje sus pétalos
—como la rosa de la fotografía—;
te alumbras con estrellas
y entrelazas ideas
con determinaciones.

ÁNGELA MÍA

Para Isabel Ruiz

Tú eres mi Ángela;
lo decide mi gusto por lo bello.
Te imagino fuera de serie
y, por lo mismo, fuera de los retratos
que los grandes pintores
hayan imaginado
acerca de esas figuras majestuosas
embelesadas en el cielo,
la luna y las estrellas;
esos seres de blanco
que viven en las nubes
sin prisas
ni horribles pesadillas.
sin relojes
que les quiten el tiempo
porque el tiempo no cuenta
en sus sentidos,
En verdad, no te imagino
sino más bien te veo
yendo y viniendo
en tus quehaceres
Ángela mía, tienes
los pies sobre la tierra,
y vas sembrando huellas
como si fueran flores
tus manos son tan reales,
que manejan afectos,
que tus ojos no miran hacia el cielo
sino hacia adelante
que sus alas no están a sus espaldas
sino en tu pensamiento,
en lo que quieras soñar
y alcanzar...

Sí, tus alas alejan nubarrones
y sombras y tristezas

Es más, puedo besarte
y estrecharte
sin que te evapores

*

Por tus ojos veo la redondez del mundo
En su iris se funden
el azul del cielo
y el azul del mar;
la luz de tu mirada
ilumina los días decaídos
la dimensión de tu sonrisa
empieza con la primera luz del día
y termina más allá de la tarde
son ojos navegantes
Veo sueños que se extienden
Como el mar
El delineado de tus ojos los convierte
en dos pájaros en vuelo.
Para ti se creó la primavera
lo mismo que estos versos.

“EL BREVE ESPACIO EN QUE NO ESTÁS”

Canción de Pablo Milanés

Amor perenne y único,
me hacen falta tus manos,
para no caer en la oscuridad
de estos tiempos,
me hace falta tu voz
que solía derramarse como el vino
en la estación de la alegría,
me haces falta radiante flor de abril
para llenarme los ojos
con tu luz,
porque en tus pétalos
vaciaste el cielo
y las aguas cristalinas,
porque en tu tallo-talle
ascendía la savia de tu entereza.
Me hace falta tu boca
fresca
como una granada
dadora de palabras ígneas
y besos semejantes a caídas de agua.
Tú mi estrella nixtamalera
en la duermevela.
Tú el lucero de la tarde.
Tú la aurora boreal
en el apogeo de mi ensueño.
Aquí me tienes para evocar
tu nombre, amora,
aquí donde está el fuego
perpetuo que encendiste.

PRESENCIA

entraste, no al recinto
sino a estos ojos que desde entonces
guardan
tu imagen
y la llevan por dondequiera
que ando
de pronto eres
el centro de un paisaje
más que una flor
o un deslumbrante colibrí,
entonces
yo no hablo con el aire
ni con el mar
sino recito tu nombre,
con él designo cosas:
un pétalo,
una hoja,
un rayo de luz,
el verso mismo
que ahora
te sostiene
te acaricia
y besa.
Cuando estés junto al mar
toca la arena
porque son mis ojos.

CANCIÓN DE FONDO

En medio del insomnio,
señora de mis días,
busco tus manos
que se volvieron años,
años de amor perenne
al abrigo de tu ternura,
tus manos de movimientos
raudos o pausados;
tus brazos siempre dispuestos al abrazo
en semicírculos candentes.
En medio del insomnio
me llega tu sonrisa
como el viento al trigo,
como el murmullo del manantial
cuando se abre paso entre las piedras.
En medio del insomnio
mis ojos son luciérnagas
que te buscan en la oscuridad.

En medio del insomnio
mi boca es ave en vuelo
que recorre expresiones de amor
de la *a* a la zeta
y escoge las que se dicen
los enamorados
amora, amora.

CANCIÓN DE FONDO

En la ensambladura de las piedras
donde únicamente afloran
las hierbas más pequeñas,
en las gárgolas y las cornisas rotas,
sobre el ala de un ángel
o en las grietas cenizas de tus muros
donde el viento y los pájaros dejaron
puñados de semillas,
ahí quiero dejar mi corazón.

*

Mientras duerme la tierra de mi infancia,
me convierto en un velo de neblina
para cubrirla y abrazarla toda
y voy en busca de mi edad primera
entre hogueras de recuerdos.

*

Mi tacto nunca ha sido ordinario,
indiferente o ciego,
pues siempre fue pulido
por tus formas de barro y calicanto.

*

Como todas tus fuentes
también tengo legítimo derecho
de guardar tu cielo.

*

Aunque quiera alejarme,
pensando que en tu espacio
solo soy residente
porque que mi son es otro,

con el tiempo me fui volviendo parte
de tus calles, tejados y portales
como el grafitti de los enamorados.

*

Más que un niño,
fui un árbol errabundo
que andaba por tus calles
en la búsqueda de una estación florida
y fui brazo para la bugambilias;
para las aves, nido.

*

Tú no eres
más que una foto añeja
de la feria que fuiste en mi adolescencia
una corriente inmóvil a la hora del suspiro
de cuyo fondo salen los días olvidados
con el tiempo ido como una ofrenda.

*

De piel a piel
tus piedras y mis pies urdieron
una pasión alterna
que pudo salir más refulgente
del azogue de una larga ausencia.

*

Tú me diste el asombro
y me dotaste de palabras
para reedificarte;
me armaste caballero
para luchar contra el olvido
y navegué en tus ríos de piedra
día a día
tras la huella del tiempo antepasado

y las insinuaciones del futuro,
alumbrándome con soles de mayólica
y estrellas de hojalata.

*

Ahí viene César Brañas.
Lo aclaman soñolientos
faroles y campanas
cuando la madrugada
se vierte en los tejados.
Enrique Wyld Ospina
transita hacia el pasado
y en dirección contraria
va Luis Cardoza en busca
de Rafael Landívar.
¿Quién provoca estos ires y venires
y estas voces con ecos en mi mente
sino tu nombre añejo?

*

Aquí no hay puertas
porque nadie quiere
salirse del asombro,
mucho menos tu tiempo antepasado
ni los cuerpos celestes
que anclaron en tus fuentes
ni los templos en ruinas
asidos a los ecos
de cantos y plegarias
ni las flores guardadas en cuadernos
por las primeras novias.

*

El tiempo se entretiene agujereando piedras
que la lluvia toma para sus resonancias
y se guarda los ojos de la imaginería
que miraron al alba
convertirse en un lirio calcinado.

*

Antes, mucho antes
del primer jinete
espoileando su avaricia;
antes, mucho antes
de la primera piedra
seguida de herramientas
y riñas
fuiste fronda
sin lindes
donde andaban los hombres a sus anchas
al cuidado de dioses tutelares.

*

Aquí me tienes
desvelando puertas
ventanas y cerrojos
en busca de residuos de claridad antigua
y de la cuota de amor que quieras darme.
Soy el pájaro ciego que te canta,
la lluvia pertinaz que te refresca
y el viento placentero
que orea tus jardines.

*

Amo tu paz de alas angélicas
y voces circunspectas
y soy como la yedra
que se abraza al muro.

*

Vivo al tanto de tus piedras
como si fueran relojes
obligados a estar despiertos
como si fueran pedernales
para encender recuerdos

como si fueran soles
para fundir holladuras.

*

Sabes darte a querer,
te dejas ver
tocarte...
pero no te entregas
porque en ti todo es introspectivo,
corriente subterránea
que fluye con soltura
de las deshabitadas iglesias y conventos
y nada es transferible,
¡nada!,
porque el fuego es uno
lo mismo que el derecho a morirse
y resucitar entre tus rosas.



Voces comunicantes

ARGENTINA

A Jorge Carro

Argentina no es un lugar en el mapa
sino en el corazón.
Más que un nombre
es una nota que se prolonga
en la cuerda de un violín
es el viento colmado
con fragor de voces
de la gente común
que ama la vida
y clama con vehemencia...

Desde mis días de niño
con billiken en las manos
aprendí de sus héroes
a escalar otros andes,
a ver la vida en el campo
en las chacras
como les llaman ustedes
con los colores primarios
y a no ser caminito que el viento ha borrado.

Argentina, Argentinita,
como te llama Piero,
físicamente estabas muy lejos
pero cerca, muy cerca de mi vida.

MI NAHUAL

Para Joaquín Orellana

*Amo el canto del zenzontle,
pájaro de cuatrocientas voces.*

Lo que nos emparenta es que ambos madrugamos
para hurgarle los sueños a la noche,
lo que nos diferencia es que vos
despertás cantando
y ni falta te hace
convocar auditorios
ni un atril
ni una concha acústica
ni...
a vos te basta una rama
cargada de hojas verdes
y frutos menuditos;
tu canto fluye
como el agua de los manantiales,
sin una basurita,
jamás se te oye ronco,
siempre estás afinado,
en invierno y en verano.
Cuántas veces antes
alternamos a esta misma hora
en caminos vecinales
en la oscurana,
vos dando aletazos en las ramas,
yo apartándolas
para seguir de frente
Ah, si supiera dónde guardás tus partituras
para saber de qué tratan tus cantares,
pero no
lo que importa, realmente,
es que cantás porque te da la gana,

porque sabés que el sol
está por llegar,
porque amás la lluvia
aunque te lleve la tiznada,
porque buscás compañera,
celebrás tu nido
es tu forma de educar a tu cría,
qué sé yo.
Hasta las formas de tus pausas son
intencionadas
para saber si te escucho.

¡POR SIEMPRE ELLA FITZGERALD!

Para Federico Diaz-Granados

Puerta cerrada para la luz del día,
la tarde se desplaza hacia más allá del sueño
y su lugar lo ocupan señales imprevistas:
guiños lejanos de estrellas animadas
y otros sorprendidos por la luz de una lámpara
en el puerto adonde arriba el gozo,
un sinnfín de gestos que se atreven a más de lo esperado,
un sinnúmero de voces que aguardan su llamado ardiente,
unos pasos menudos, unas piernas cruzadas,
más una mano ansiosa que sostiene el mentón
esperando acaso al amante que no llega,
una sombra indecisa en si se queda o pasa
hacia el anonimato,
un cigarro con intención de enneblinar espacios,
recuerdos... compromisos;
el taconeo en un salón de baile.
La noche es, ya lo sabes, como tú deseas verla,
viene a tono con tus palpitaciones y los deseos del momento,
la haces a tu modo y te enfundas en ella,
pero a la vez la envuelves en tu voz
tenue como la seda
y politonal como las aguas de los ríos:
con sus requiebros la haces más afable,
la despojas del miedo con que la perfilan
los hombres taciturnos
y las mujeres mustias,
la agrandas y la vistes de fiesta,
haces que te pertenezca,
se siente que la besas, te diviertes y la entretienes
al ritmo de un saxofón desahogado,
una trompeta o un piano en coloquio placentero,
entregada toda tú como se entregan los amantes,
¡oh Ella, Ella Fitzgerald!

Tu voz engalanada para la fiesta. ¿Cuál?
La permanente,
la del entusiasmo y el anhelo de seguir viviendo
me invita a balancearme y a palmeaar mientras tú cantas
y me embelesas con tu baile en la cúspide del mundo,
¡oh Ella, Ella Fitzgerald!
Y todo porque “una de estas mañanas
tú te vas a levantar cantando
y luego extenderás tus alas
y tomarás al cielo” para iluminar la Tierra.

LAURA

Hoy recuerdo el bordillo de tus ojos
entre almendrados y de media luna
junto a la comisura de tus labios
en los momentos previos a soltar la risa.
Te miraba los ojos
inquiriendo por el resto de la plática trunca
como queriendo penetrar en ellos
pero nunca dijiste
que el tiempo se te iba.
Aún veo tus cabellos
que parecían una caída de agua;
tus manos, esas dádivas suaves,
nuevas en cada encuentro
pero siempre las mismas,
hasta que un día se alejaron sin decir adiós.

La sombra de tu cuerpo de estatura mediana
fue la primera en irse.
Ahora vuelvo a recordarte,
Laura,
siempre vivamos
y en lugar de una tumba y una lápida
me recibe una flor.

RECUERDO

Podría ser un nombre
simplemente un nombre
que se quedó en el papel,
pero Adriana Bolívar es el cielo con estrellas
de una noche de julio
abrazando a Medellín,
las cumbres de santa Elena
motivando abrazos
bajo los vientos y el frío,
es el cerro Nutivara
cuando ya calentó la poesía.



En nombre de las huellas

No soy un héroe, soy un bailarín

MIJAÍL BARISHNIKOV

TODOS CONTAMOS ALGO

No juguemos
a ser lo que no fuimos.
¿Héroes?
No. Aquí, todos
los que optamos por la vida
sin daños a terceros
tenemos cicatrices.

1

Ya no digas
"No lo sabía...
No fui yo...
No estuve allí...
Yo no vi nada."

Siempre fue evidente.
El silencio nocturno,
la oscuridad,
y el frío
fueron apabullados
por filosos metales
y sogas y disparos
que espolearon a la muerte.
Se sabía.
Se oía.
Era evidente.

*

Mentira.
Ya no tienes secreto
que guardar,
se sabe.
No puedes esconderte,
tus víctimas han vuelto
radiantes de la muerte

y al mismo tiempo crecen
los huérfanos
a quienes cancelaste
el derecho a ver la aurora
desde el regazo entrañable,
el que no se sustituye.

*

Tu espacio es tu paraíso
pero también tu infierno
porque estás parado
sobre tumbas
que tú mismo cavaste.

Por más que trates
de ignorarlo,
siempre habrá turno para el ofendido
siempre.
¡Siempre!

*

El desalmado dice:
"Sentí morirme",
pero oculta la mano
que ayer no le temblaba
para alimentar perversidades,
él, sembrador de miedos,
hoy menos él,
hoy más perturbado.

Yo no nací para matar la alegría
Yo no nací para tapan el sol de la sonrisa
con un dedo
Yo no nací para negarle al gallo
su canto en la alborada
el niño a la madre
ni el pan del beso al niño
ni el agua del querer a los amantes

Que esta sea mi ofrenda
en el altar del recuerdo

POEMAS DEL VERANO

Por el ojo del ala de una mariposa
pasa el ojo que antes la vio de hito en hito,
muriéndose en deseos de entrar en su arcoíris.

El ojo vibrador del ala
con su polen de luces
amarillas, carmines, esmeraldas,
reproduce en tan breve planetario
geografías sedosas
como las almas de los niños.

Sobre el ala de una mariposa
reposa el paraíso
y la convierte
en el más envidiable de los mantos
que va y viene en el aire
a merced de vientos
conciliados.

Hermana de las flores,
la busca, la palpa, la recubre
y luego de su rodeo indescifrable
no se lleva siquiera los recuerdos,
solamente la esencia del perfume...
porque el ala de una mariposa
tiene su propio universo.

Por el ojo del ala de una mariposa
pasa el ojo que muere de deseos de entrar en su arcoíris.
y por eso la ve de hito en hito.

*

Con el arrullo del agua
que corre haciendo gárgaras
por entre la quebrada
dos sapos,
hembra y macho,
simulan uno solo.

Empapados de amor
se envuelven en un solo jadeo
que se entrevé en sus ojos.
Si el viento tradujera
lo que se dicen,
lo que ven en su éxtasis
el calor que se les vuelve
saliva resinosa
para amasar al hijo.

La hoja, pequeña, insignificante,
echada a menos,
hoy se siente planeta
estacionado para el júbilo,
mañana será una página
nuevamente en blanco
para que otra pareja
pase y pose
y se enrede en pasiones semejantes.

*

Altiava es la hoja en su verdor brillante
pero más recia,
a pesar de su tamaño,
es esta rana
que asiste a contemplar la primavera
lavarse en el riachuelo
No le mires el cuerpo
sino sus movimientos placenteros,
su saltito de prima ballerina,
el deslizarse sin temor al tiempo
y la líquida morada
que se le ha concedido.
La apadrinan la lluvia y el rocío
las flores la defienden
de las piedras de oscuro corazón.

Loado sea el reino de las ranas
por estar apartado del ruido mundanal,

sólo bajo un concierto de árboles
y rápidas visitas de aves
que descienden a mojar el pico
a la hora en que el sol calienta.

*

Ciudad, ¿qué eres si no una piedra
empotrada en mi costado?
No nací contigo
ni moriré en tus sueños,
yo no recordaré sino aquel río
que humedeció el adobe
y las plantas de la casa
que albergó mi infancia.
Pero el morir es otro cantar
como el de un pájaro
de hábitos extraños.
Uno es de donde quiere,
mejor dicho de donde vio la aurora
y se amamantó en su luz.
Yo vine de los espacios cálidos
con la vista llena,
como un trozo de ámbar,
como un depósito de plumas
y alas multicolores,
de cafetos en flor y de naranjos,
como un herbolario
que para darse vida
se aplica aromas en todos los sentidos.

*

Con un lápiz recorro la orilla de tu rostro
La silueta de una montaña
Voy a la punta de un volcán
Hago crecer un río
Abro un camino
Hago una casa del tamaño que me da la gana

Lejos de apagarse
Vuelven a las oscuridades
En busca de imágenes
fijadas por el sobrecogimiento
imágenes que ahora son estelas
de una amplia mar de ensueños,
ecos tan solo
y sin embargo alientan
la sed de refulgencia
de los ojos
que no se sabe cuándo
habrán de apagarse,
acaso lenta y definitivamente.

Lo que quiero es
que crezcan
como la hierba del campo
que no los domestiquen
para ser ornamentales
mucho menos para envasar su aroma
que en todo caso tengan
la virtud de curar
o levantar los ánimos
que no les busquen el origen
porque en todo caso
este se halla arraigado en el corazón
del hombre
lo que quiero es que den semillas
con la concentración de la mirada
con el calor de las manos
y los labios
a la hora de romper el silencio

LA COPA DE LA VIDA

Estoy pensando en la copa
repleta de vino tinto
y a la vez pienso en los soles
que dieron vueltas y vueltas
alrededor de la parra
como relojes de arena
hasta que la uva dijo ¡basta!
y se enjugó a sí misma
el sudor
y la espera larga,
no fue la mano áspera de los viñadores
ni los barriles sedientos
ni siquiera un nombre

Pienso en la copa y a través de ella
me llegan pasos que creí perdidos
y que me son devueltos
en un rojo horizonte.
Me llegan por el mar que hay dentro de ella
desde muy lejos
desde muy cerca
desde siempre
me llegan por los ríos que en ella se reflejan
compaginando atardeceres y albas
para juntarnos en el mediodía.

Bajo un limonar quiero sentarme
no pregunten por qué
y beberme el vino
como se bebe el rocío con los ojos
o las mieles de un hermoso sueño
como se aborda una boca
para enseñarla a besar.

Bajo un joven limonero
cubierto de azahares

y a mi lado a Omar Kayyam
quien viene y dice:
cuando bebo escucho a los tulipanes
a los jazmines y a las rosas.
Pienso en la copa. Sí.
Pero no en una indeterminada azarosa copa.

DEL SILENCIO

No todo es olvido.
Como en el pentagrama
el silencio es pausa
para oír la nota
más breve y delicada
del grillo,
el aleteo de una mariposa,
el hálito
de seres que reposan,
el rumor del agua
que corre sin descanso,
el susurro del pino
que entretiene
al aire...
No todo es olvido.



SOBRE EL AUTOR



FRANCISCO MORALES SANTOS

(Guatemala, 1940). Poeta, ensayista. En 1966, con los poetas Luis Alfredo Arango, José Luis Villatoro, Roberto Obregón, Delia Quiñónez y Julio Fausto Aguilera, funda el grupo de poetas Nuevo Signo. En 1970 los poetas del grupo Nuevo Signo le encomiendan dirigir la edición de *Las Plumas de la Serpiente*, antología poética de este grupo. Fue compilador de la antología *Nueva poesía guatemalteca* que aparece este año con el sello de la editorial venezolana Monte Ávila

Editores (1990). Junto con el antropólogo estadounidense Robert M. Carmarck, coedita el libro *Nuevas Perspectivas sobre el Popol Vuh* (1987). El mismo año, en Toronto, Canadá, sale a la luz la antología de poetas guatemaltecos *Exodus an Anthology of Guatemalan Poets*, que preparó para Latin American Canadian Literature Editions. En 1983 sale a la luz su compilación titulada *Los nombres que nos nombran* —panorama de poesía guatemalteca 1783-1983—, dos tomos, coeditada por la Dirección General de Cultura y Bellas Artes y la Tipografía Nacional. En 1976 se le otorga el primer premio de los Juegos Florales de Quetzaltenango, Guatemala, por su poemario *Poesía para lugares públicos*. En 2007 el Instituto Nacional de Estudios de la Literatura Guatemalteca de la Universidad de San Carlos realiza el documental *Ceremonial contra el olvido*, sobre la vida del autor. En el mes de junio de 1994 goza de una beca para escribir en Yaddo, residencia para escritores y artistas con sede en Saratoga Springs, Nueva York. — Termina de escribir *Escrito sobre fondo oscuro*, libro de poemas que inició en Yaddo. El año siguiente, goza nuevamente de una beca en Yaddo, donde escribe cuentos para niños y termina *Ajonjolí*. De 1999 a 2021 trabajó como editor en jefe de Editorial Cultura del Ministerio de Cultura y Deportes. Durante ese tiempo propició la publicación de alrededor de 150 obras de autores guatemaltecos. De 1997 a 1999 trabajó como editor en la Comisión para el Esclarecimiento Histórico para la publicación del informe *Guatemala: Memoria del silencio* (12 tomos). El Consejo Nacional del Libro le otorga reconocimiento por su trabajo como escritor, editor, promotor y antólogo, en el Día Internacional del Libro, en 2008. Entre sus libros de poesía, destaque para *Ciudades en el llanto* (1963), *Cartas para seguir con vida* (1977), *Al pie de la letra* (1985), *Madre, nosotros también somos historia*, premio Miguel Ángel Asturias de la Asociación de Escritores y amigos del libro nacional (1988), *Implicaciones del verbo amar* (1991), además de libros infantiles, incluso *Relatos de la tradición oral de Guatemala* (2003).

ÍNDICE

La luz entre las fauces de la noche: Poesía de Francisco Morales Santos, por Javier Payeras

Esplendor perenne
Con la mirada en los astros
Los incondicionales
Estación florida

Amorosidades

Imagen de tu huella
Tigre de la sonrisa dulce
Niña de mis ojos
Ángela mía
“el breve espacio en que no estás”
Presencia
Canción de fondo
Antigua Guatemala

Voces comunicantes


Argentina
Mi nahual
Por siempre Ella Fitzgerald
Laura
Recuerdo

En nombre de las huellas

Todos contamos algo
Poemas del verano

La copa de la vida

Del silencio



Esplendor perenne y más poemas, de *Francisco Morales Santos*, se terminó de ensamblar en mayo de 2026. En su composición se utilizaron los tipos: Calibri, Minion Pro, Garamond Premier Pro: 10, 12, 14, 18, 24.



The image features a dark, textured background with a central circular pattern. A white horizontal band is positioned across the middle of the image, containing the year '2026'. The texture of the background is grainy and appears to be a close-up of a material like paper or fabric. The central circular pattern is a lighter shade of gray, with a darker, more defined circle in the center. The white band is a solid, uniform color, providing a stark contrast to the dark background.

2026



ESPLENDOR PERENNE Y MÁS POEMAS
2026